

como debe hallar en sí mismo todo el complemento de su ser, concibo claramente, que el infinito es la causa libre, infinitamente libre de lo finito. Si lo infinito fuese necesidad en la produccion de lo finito, no se bastaría á sí mismo, faltaría alguna cosa á su perfeccion y no sería infinito. Llego, pues, á la idea de un infinito causa y causa libre de lo finito; y como en la idea de libertad va envuelta la de inteligencia, y en la idea de infinidad, la de soberanía y de suficiencia, llego inmediatamente á la idea del infinito personal.

Yo no puedo dudar de la realidad de mi existencia, de la existencia del mundo, de la realidad de lo finito. Y si no puedo dudar de la realidad de lo finito ¿puede ser dudosa la del infinito, que es lo que puede solamente explicar y hacer comprender lo finito? Estas realidades se suponen y se sostienen reciprocamente; si una de ellas falta, la otra desaparece inmediatamente. Es preciso, pues, reconocer estas realidades, ó caer en las contradicciones palpables del escepticismo universal.

Yo me elevo, ahora, hácia ese infinito, que acaba de revelarse á mi razon y á mi corazón. ¿Qué me representa esta alta idea? veo en ella la unidad y la simplicidad perfectas, y en ella reunidas todas las perfecciones. Descubro en esta unidad absoluta, en esta unidad fecunda un abismo de ser sin fondo y sin riberas, el océano infinito de la vida. Todas las perfecciones extendidas en el mundo existen en lo infinito en un grado ilimitado, y todo lo bueno que hay en las criaturas se halla también en su causa. Ellas reproducen algunos rasgos de la eterna belleza, de la perfeccion soberana; pues que no son mas que pálidos reflejos de la luz eterna, y débiles emanaciones del mar inmenso del ser. Pero como yo veo en el mundo seres inteligentes, sabios, buenos y libres, puedo afirmar, que lo infinito es inteligente y soberanamente inteligente, sabio, bueno, y soberanamente sabio y bueno, libre y soberanamente libre; y puesto que posee toda perfeccion, puedo afirmar, que se basta plenamente á sí mismo. Llego, pues, por este nuevo camino á la idea de un infinito personal, de una personalidad infinita; llego á la idea de un Dios personal, causa libre del mundo, y, por consiguiente, distinto del mundo; y llego á esta conclusion por medio de una deduccion rigurosa.

Señores, partiendo de la conciencia humana, hemos hallado lo finito y lo infinito; el hombre, el mundo, Dios. La conciencia, siendo el eco de la existencia, nos ha dado las realidades con las ideas. Hemos aplicado á estas ideas, á estas existencias el gran principio de la identidad y de la contradiccion, origen legítimo de la demostracion racional. El principio de la identidad nos ha dado lo infinito perso-

nal; el principio de la contradiccion nos ha nado lo infinito distinto del mundo. Hemos hallado, pues, al Dios que adora la conciencia humana, al Dios que nos revela el cristianismo. Sí, señores, la palabra de la fé es la mas profunda de las ciencias. Su luz disipa las nubes con que el orgullo quisiera obscurecer el resplandeciente sol que brilla en nuestras almas. Si esta luz se empañase en ellas, pronto les faltaría toda esperanza. Pero no será así; cuanto mas mediteis en la divinidad, tanto mas se acrecentará en vosotros el sentimiento de su existencia. Entónces la adoracion será más profunda, el amor más ardiente, y procurareis uniros más íntimamente á este principio de vuestro ser, manantial constante de felicidad para vosotros.

---



---

## DIOS.

### SU VIDA INTERIOR.

---

#### III.

*Tres sunt qui testimonium dant in celo, Pater, Verbum et Spiritus Sanctus, et hi tres unum sunt.*

Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa.

(I. JOANN. V, 7.)

La existencia de Dios es un hecho, que no cabe negarse; pero ¿qué hace? cuáles son sus actos? cuál su vida? Esta es la cuestion que se presenta inmediatamente al entendimiento. Desde que el hombre ha reconocido la existencia de un sér, se pregunta cómo vive; y con mayor razon se lo preguntará de Dios, que, siendo el principio de los seres, escita en nosotros una necesidad de conocerle, tanto mas viva y justa, en cuanto sus actos son la norma de todo acto, y su vida el ejemplar de toda vida. Así, pues, ¿qué hace Dios? en qué pasa su



eternidad? Hé aquí, ciertamente, una cuestion atrevida. Sin embargo, el hombre se la propone y quiere resolverla. Mas ¿cómo la resolverá? ¿Cómo penetrará en la esencia divina, para entrever en ella el incomprendible movimiento de un espíritu eterno, infinito, absoluto, inmutable?

Tres doctrinas se nos ofrecen sobre este punto; la una afirma, que Dios está condenado á una soledad espantosa por la soberana majestad de su naturaleza; que solo, en sí mismo, se mira, de modo, que solo se vé á sí propio, y se ama con un amor que no tiene mas objeto sino Dios mismo; que en esta mirada y este amor, eternamente aislados, consisten la naturaleza y perfeccion de su vida. Segun otra doctrina, el universo es la vida de Dios. Vemos en él su accion permanente, el teatro en que se realiza su poder y se reflejan todos sus atributos. Dios no existe sin el universo, como el universo no existe sin Dios. Dios es el principio, el universo la consecuencia, pero una consecuencia necesaria, sin la cual el principio seria infecundo y no pudiera concebirse. La doctrina católica reprueba estos dos sistemas. No admite, que sea Dios un sér solitario, ni tampoco admite, que el universo, si bien obra de Dios, sea su vida propia y personal. Elevándose sobre estas débiles ideas, y arrebatándonos en alas de la palabra divina, más allá de todos los conceptos de la mente humana, nos enseña, que la vida divina consiste en la union coeterna de tres personas iguales, en quienes la pluralidad destruye la soledad, y la unidad destruye la division; tres personas cuya mirada se corresponde, cuyo corazon se comprende, y que abismadas en este flujo y reflujo de la una á la otra, idénticas en sustancia, distintas en personalidad, forman juntas una sociedad inefable de luz y de amor.

Tal es la esencia de Dios y tal su vida, una y otra enérgicamente expresadas por estas palabras del apóstol S. Juan: «Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa.» De esta vida quiero hablaros; no se me oculta que voy á tratar del mas inefable y oscuro de los misterios; pero tranquilizaos; Dios que ha ocultado en las entrañas de la tierra el brillo del diamante, ha ocultado tambien brillantes tesoros en los mas oscuros misterios. Imploramos antes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Antes de darnos cuenta de la vida divina, debemos examinar, qué es la vida en sí; pues si lo ignorásemos, es claro que no podríamos formarnos idea alguna de la vida de Dios. Para comprender lo que es la vida, debemos examinar qué es el sér, porqué la vida es

evidentemente un estado del sér. En todos los séres, sean cuales fueren su nombre, su forma, su grado de perfeccion ó de inferioridad, descubrimos una facultad misteriosa, que es el principio de su subsistencia y organizacion, facultad á la que damos el nombre de actividad. Todo sér, aun el mas inerte, en apariencia, tiene actividad. Siendo la actividad el carácter permanente y comun de cuanto existe, siguese, que el sér y la actividad son una misma cosa, y que bien podemos decir: el sér es la actividad. Sto. Tomás de Aquino nos ha dado el ejemplo de ello, cuando, teniendo que definir á Dios, que es el sér en su totalidad real, ha dicho: *Dios es un acto puro*.

Pero la actividad envuelve la accion, que es solo un movimiento que busca un fin, esto es, una cosa á la que le falta el sér, y que tiende á producir, y produce, en proporcion del grado de actividad que obtiene. Sér infinito, actividad infinita, accion infinita, movimiento infinito, produccion tambien infinita: tal es la vida íntima de Dios. Todos los séres tienden á producir una cosa igual á sí mismos en la plenitud de sus facultades. La vida produce la vida; la vida infinita tiende á producir, en sus actos principales, la vida infinita; en una palabra, en la actividad infinita se encierra la infinita fecundidad. Si Dios fuese infinitamente activo, sin ser infinitamente fecundo, tendríamos que decir, ó que la vida de Dios es improductiva, y que se consume en la impotencia de una esterilidad eterna, lo cual es un absurdo; ó que no puede producir sino *ad extra*, sin vida propia, ó sin más vida que el universo, por donde llegaríamos indeclinablemente al panteísmo.

Dios es un espíritu puro; pero ¿de qué vive el espíritu? ¿Qué hace nuestra alma cuando, encerrada dentro de sí misma, imponiendo silencio á todo lo demás, vive de su vida propia? ¿Qué hace? Dos cosas solamente, dos actos inagotables, que se reproducen constantemente y sin cesar; dos actos, que forman todo su trabajo y toda su alegría: piensa y ama. En primer lugar, piensa, es decir, que ve y combina objetos desprovistos de materia, de figura, de extension y horizonte; especie de universo comparado con el cual, el que habitamos, es un oscuro y estrecho calabozo.

Pero el pensamiento, ó es el mismo espíritu ó alguna cosa distinta del espíritu. No es el mismo espíritu, porque el pensamiento pasa, en tanto que el espíritu subsiste siempre. Olvido al dia siguiente las ideas de la víspera; las llamo y las expulso; algunas veces me poseen á pesar mio. Mi pensamiento y mi espíritu son dos. Me hablo á mí mismo en la soledad de mi entendimiento; me pregunto, me respondo; mi vida interior es un puro coloquio, constante y misterioso. Y



con todo soy uno. Mi pensamiento, aunque distinto de mi espíritu, no está separado de él; cuando está presente, mi espíritu lo ve en sí; cuando está ausente, lo busca en sí. Soy uno y dos al mismo tiempo. Mi vida intelectual es una vida de relacion; vuelvo á encontrar en ella lo que he observado en la naturaleza exterior, unidad y pluralidad; unidad, que resulta de la misma sustancia del espíritu; y pluralidad, que resulta de su accion. Con efecto, ¿qué sería la accion del espíritu, si fuera infecundo? ¿Cuáles serian su razon, su término y objeto? Es, pues, fecundo el espíritu como toda la naturaleza, pero en materia mucho más elevada. Miétras los cuerpos se dividen para multiplicarse, el espíritu, criado á semejanza de Dios, permanece inaccesible á toda division. Produce su pensamiento, sin sacar al exterior nada de su incorruptible sustancia; la multiplica, sin menoscabo de la perfeccion de la unidad.

2. Dios es un espíritu, y por tanto, su primer acto es el de pensar. Pero su pensamiento no puede ser, como el nuestro, múltiple, que nazca incesantemente para morir y muera para renacer. El nuestro es múltiple, porque siendo limitado, no podemos representarnos sino uno á uno los objetos que pueden ser conocidos; está sujeto á perecer, porque agolpándose nuestras ideas una tras otra, la segunda hace desaparecer á la primera y la tercera á la segunda. Por el contrario, en Dios, cuya actividad es infinita, el espíritu engendra de una vez un pensamiento igual á sí mismo, que le representa íntegro, y que no necesita de otro, porque el primero ha agotado el abismo de las cosas ininteligibles, es decir, el abismo de lo infinito. Este pensamiento único y absoluto, primero y último engendro del espíritu de Dios, subsiste eternamente en su presencia, como una representacion exacta de él mismo, ó hablando el lenguaje de los libros santos, «como su imagen, el esplendor de su gloria y la figura de su sustancia. (II Cor. iv, 4.)» Es su palabra, su verbo interior, como nuestro pensamiento es tambien nuestra palabra ó nuestro verbo; pero á diferencia del nuestro, es verbo perfecto, que lo dice todo á Dios en una sola palabra, que lo dice siempre sin repetirse jamás, y al que S. Juan habia oido en el cielo, cuando abria de este modo su sublime Evangelio: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios. (JOAN. I, 1.)»

Y así como en el hombre el pensamiento es distinto del espíritu, sin estar separado de él, así en Dios, el pensamiento es distinto, sin estar separado del espíritu divino, que le produce. El Verbo es consustancial al Padre, segun la expresion del concilio de Nicea. Pero aquí, como en lo demás, existe entre Dios y el hombre una gran diferen-

cia. En el hombre, el pensamiento es distinto del espíritu con una distincion imperfecta, porque es finito; en Dios, el pensamiento es distinto del espíritu con distincion perfecta, porque es infinito: es decir, que en el hombre, el pensamiento no llega hasta ser una persona, al paso que en Dios llega hasta ese punto. El misterio de la unidad en la pluralidad no se verifica totalmente en nuestra inteligencia, y por esto no podemos vivir de nosotros solos. Buscamos fuera el alimento de nuestra vida; necesitamos de un mantenimiento extraño; de un pensamiento que sea cosa diversa de nosotros, y que, sin embargo, la tengamos cerca. En Dios, la pluralidad es absoluta y tambien la unidad; y por esto su vida se pasa toda dentro de él mismo, en el coloquio inefable de una persona divina con una persona divina, del Padre sin generacion con el Hijo eternamente engendrado. Dios piensa, y se ve en su pensamiento como en otro, pero como en otro que está tan allegado á él, que es sustancialmente una sola cosa en él; al contemplar su pensamiento, al mirar su imagen, al oír á su Verbo, puede decir en el éxtasis de la primera y mas real paternidad esta expresion que oyó David: «Tu eres mi hijo, yo te he engendrado hoy (PSALM. II, 7).» ¡Hoy! en este dia, que no tiene pasado, ni presente, ni futuro; en este dia, que es la eternidad, es decir, la duracion indivisible del sér sin mudanza. ¡Hoy! porque Dios piensa hoy, engendra á su Hijo hoy, le ve hoy, le oye hoy, vive hoy de este acto, que no puede explicarse, de este acto, que no comienza ni acaba nunca.

3. Pero ¿consiste en esto exclusivamente la vida de Dios? ¿Es la generacion de su Hijo, su único acto, y consume toda su fecundidad, toda su beatitud? No, oyentes; porque en nosotros mismos la generacion del pensamiento no es el término en que se fija nuestra vida. Despues que hemos pensado, se sucede otro acto: amamos. El pensamiento es una mirada, que trae su objeto á nosotros mismos; el amor es un movimiento, que nos arrastra fuera hácia ese objeto, para unirle á nosotros y unirnos á él, y realizar, de este modo, en su plenitud, el misterio de las relaciones, es decir, el misterio de la unidad en la pluralidad. El amor es, á un mismo tiempo, distinto del espíritu, y distinto del pensamiento: distinto del espíritu, donde nace y muere; distinto del pensamiento por su misma definicion, puesto que es un movimiento de union, al paso que el pensamiento es una simple vista. Y no obstante, procede del uno y del otro, y forma una sola cosa con entrambos. Procede del espíritu, de quien es acto; y del pensamiento, sin el cual el espíritu no veria el objeto que debe amar; y se identifica con el pensamiento y el espíritu en el mismo fondo de vida, donde



los hallamos á todos tres, inseparables siempre, y siempre distintos.

En Dios sucede lo mismo. De la mirada coeterna con que se contemplan el Padre y el Hijo, nace un tercer término de relacion, procedente de uno y de otro, realmente distinto de uno y de otro, elevado por la fuerza de lo infinito hasta la personalidad, y que es el Espíritu Santo; es decir, el santo movimiento, el movimiento sin medida, el movimiento puro del amor divino. Como el Hijo apura en Dios el conocimiento, el Espíritu Santo apura en Dios el amor, y por él se termina el cielo de la fecundidad y de la vida divina. Y ¿qué mas habia de hacer Dios? Espíritu perfecto, piensa y ama; produce un pensamiento igual á sí, y junto con su pensamiento un amor igual á entrambos. ¿Qué le queda que desear y producir? Y ¿qué os quedaria á vosotros mismos, si tuvieseis como él en la unidad de vuestra sustancia, un pensamiento sin límites y un amor sin límites? Pero, ¡desventurados de nosotros! el pensamiento y el amor no son en nuestra alma mas que la vista y la posesion de un objeto extraño; nos vemos obligados á salir fuera de nosotros para buscar nuestra vida, para aplacar nuestra sed de saber, nuestra sed de amar. Y en vez de ir á la fuente única de la verdad y la caridad, que es Dios, nos apegamos á la naturaleza, que es una sombra, á la vida del tiempo, que es una muerte. O bien, replegados en nosotros, en virtud de un esfuerzo insensato, pedimos á nuestra impotencia la realizacion del misterio uno y triple, que es la felicidad divina; tratamos de satisfacernos con el orgullo de un pensamiento solitario, en el deleite del amor personal; y cual arena, que se devora á sí misma, nos secamos en los sangrientos abrazos de un egoismo, que seria infinito si la nada pudiera serlo.

¡Ah! levantad los ojos á lo alto! Allí está la vida, porque allí está la fecundidad verdadera. A ello os conducen el espectáculo de las leyes de la naturaleza, y el estudio de las leyes de vuestro propio espíritu. Todo os dice, que el sér y la actividad son una misma cosa; que la actividad se expresa por la accion; que la accion es necesariamente productora ó fecunda; que el objeto de la fecundidad es establecer relaciones entre semejantes séres; que la relacion es la unidad en la pluralidad, de donde resulta la vida, la hermosura y la bondad. Y que así, Dios, el sér infinito, el sér bueno, bello y vivo por excelencia, es infaliblemente el conjunto más magnífico de relaciones, la unidad perfecta y la pluralidad perfecta; la unidad de sustancia en la pluralidad de personas; un espíritu principio, un pensamiento igual al espíritu que le engendra, un amor igual al espíritu y al pensamiento de que procede; todos tres, Padre, Hijo, Espíritu Santo, tan antiguos como la eternidad, tan grandes como lo infinito, uno en la beatitud como en la

sustancia de que toman su idéntica divinidad. ¡Ved aquí á Dios! ¡Ved aquí á Dios, causa y ejemplar de todos los séres! La sociedad humana, si aspira á la perfeccion, no tiene otro modelo que contemplar é imitar. En él descubrirá la primera constitucion social: la igualdad de naturaleza entre las personas que la componen; el orden en su igualdad; puesto que el Padre es el principio del Hijo, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; la unidad, causa de la pluralidad; el pensamiento, que recibe de arriba su sér y su luz; el amor, que termina y corona todas las relaciones. Estas leyes son excelentes y bellas; y si los legisladores pudieran realizarlas en la tierra, harian una obra, cuyo privilegio y secreto solo posee hoy la Iglesia católica.

Basta, hermanos míos. No os he demostrado el misterio de la Santa Trinidad, pero lo he presentado de modo, que el orgullo no puede despreciarlo sino insultándose á sí mismo. Nosotros, como verdaderos católicos, debemos dar gracias á Dios, porque al revelarnos el misterio de su vida, no ha deslumbrado nuestra inteligencia con una luz estéril, sino que nos ha dado la clave de la naturaleza y de nuestro propio espíritu; pidámosle, pues, se digne derramar sobre nosotros sus bendiciones, para que logremos celebrar sus grandezas y bondades, y verle sin sombra alguna en el cielo, que os desea á todos.



# DIOS.

(GRANDEZAS DE)

## IV.

*Magnus Dominus et laudabilis nimis; et  
magnitudinis ejus non est finis.*

Grande es el Señor, y digno de ser infinitamente loado: su grandeza no tiene límites.

(PSAL. CXXIII, 3.)

¿Cuál es la naturaleza de Dios, cuál su excelencia, ó más bien, cuáles son sus grandezas, puesto que en él todo es grande? Tal es el asunto que va á ocuparnos hoy; asunto tanto más digno de nuestras reflexiones, cuanto ménos lo consideramos, dando este olvido lugar á las consecuencias mas desastrosas. Distruidos y absortos por nuestros sentidos, hasta el extremo de no atender mas que á lo que á ellos choca, quedan desapreciadas las grandezas del Dios invisible, sin que se juzguen necesarias las impresiones del espíritu: ya no se le teme, no quiere adorársele, ni postrarse á los piés de su majestad: su grande nombre se pronuncia sin respeto, se le ruega sin atencion, se está en su presencia sin miramiento, y se quebrantan sus mandamientos sin ningun escrúpulo. Para remediar este mal, es menester, primeramente, hermanos míos, que por medio de una grave meditacion, os penetreis de las grandezas de Dios, lo que será el objeto de la primera parte de mi discurso. En segundo lugar, es necesario examinar con detenimiento los deberes que nos impone la fé de las grandezas divinas; y esta será la materia de la segunda parte.

Recomendemos á María una ocupacion de tanta importancia. *Ave, Maria.*

1. Cuando el santo rey David meditaba en las grandezas divinas, arrobada su alma á la vista de tan agradable espectáculo, estallaba en transportes de admiracion; y parecia, en la magnificencia de su len-

guaje, querer elevarse hasta la magnificencia de su objeto. «¡Oh alma mia! exclamaba, bendice al Señor mi Dios: ¡oh mi Señor y Dios mio! ¡cuán grande sois por excelencia! *Magnificatus est vehementer* (PSALM. CIII, 4). ¡Adornado estais de honor y de gloria, y cubierto de luz como con un manto!» Y notad, hermanos míos, que el profeta no nos habla sino solamente de los signos exteriores con que el Señor se nos muestra; pero nos deja discurrir, que si su compostura externa es tan hermosa, la grandeza de Dios en sí mismo será verdaderamente inefable. No se atreve á valuar esta grandeza tan maravillosa, cuya profundidad no le es dado sondear á ninguna inteligencia, sin exponerse á ser aniquilado por la gloria: *Qui scrutator est majestatis, opprimetur a gloria* (PROV., XXV, 27); porque ¿quién podria mirar de frente los resplandores de majestad que se desprenden de la grandeza divina?

Por tanto, hermanos míos, obligado á ocuparos de un asunto tan alto, y no pudiendo reducirme á un silencio de amor y de respeto, homenaje más digno de Dios que nuestras palabras y nuestras alabanzas, me apresuro á advertiros, que todo cuanto yo pueda deciros, es absolutamente nada en comparacion de lo que ello es, ó como si comparásemos una gota de agua con el inmenso océano. Se hallan á tanta altura las grandezas divinas, que nuestra inteligencia creada no las puede alcanzar. A Dios solo está reservado el conocerlas.

Si nos elevamos sobre las grandezas de la tierra, considerando el poder celeste que balancea al universo en sus manos, admiramos sin duda tanta grandeza; pero, en cierto modo, la comprendemos. Si subiendo mas arriba, y atravesando con el pensamiento las filas de la jerarquía celeste, nos elevamos hasta aquellos altares, en que arden de amor y se abisman de adoraciones los serafines y los querubines, descubriremos grandezas nuevas, ante las cuales cae lleno de admiracion el muy amado apóstol, poniendo su rostro contra la tierra; pero todavía aquí se encuentran límites á la grandeza, y, por consiguiente, puede comprenderse. Muy diferente es de todo esto Dios: es esencialmente incomprensible por ser esencialmente infinito: nada puede limitar el número de sus perfecciones, ni poner coto á su grandeza: es, repito, esencialmente incomprensible. Esta es la idea, y la idea más alta y la sola verdadera que podemos formarnos de Dios: *Ecce, Deus magnus vincens scientiam nostram*. Esta es la idea que nos da san Pablo, cuando nos dice, que habita en una luz inaccesible; á quien ninguno de los hombres ha visto, ni tampoco puede ver: *Lucem inhabitat inaccessibilem, quem nullus hominum vidit*. (I. TIM., VI, 16). Lo mismo nos enseña Tertuliano, cuando, penetrando



con la fé hasta el trono de Dios, y contemplándole desde una distancia infinita, de cuanto el cielo tiene de mas grande, exclama diciendo: que Dios habita en una eterna soledad, en medio de la excelencia infinita de su sér. Y si pudiéramos, hermanos míos, preguntar á las mas elevadas inteligencias celestiales, nos responderian en el mismo sentido, que Dios es infinitamente mas de lo que puede comprenderse; que es un mar sin fondo y sin orillas, y que la grandeza de Dios sobrepaja infinitamente á los alcances de la ciencia; pero si en el cielo mismo se elevan las grandezas divinas á tanta altura, que están fuera del alcance de toda inteligencia; ¿qué deberán parecer, desde aquí abajo, donde no se conoce á Dios sino en enigma y figuradamente? Por esto ha dicho san Agustin estas extrañas palabras: «Si alguno me pregunta quién es Dios, le responderé, que no lo sé, porque cuanto yo sé, no es nada respecto á lo que es en verdad: *Quærenti quid sit Deus, responderem nescio.*

Sí, Dios mio: cuanto ménos os conozco más os adoro, porque vos sois mas evidentemente Dios. Nuestra orgullosa razon ha preguntado: ¿por qué ha de haber misterios en la religion? ¡Ah! seria necesario preguntar á la vez, ¿puede haber religion verdadera sin misterios? Siendo Dios infinitamente grande, no puede comprenderse por nuestra razon limitada por esencia; así es, que desde que ella pretende explicarnos lo que él es, nos dice cosas incomprensibles. Sí, Señor; el embeleso de mi razon es el de anonadarse delante de vos: yo no trato de comprenderos, porque seria semejante al niño que quisiera abarcar el mar con la palma de su mano: no os reduzco á mis concepciones, pero os adoro con delicia en medio de vuestra incomprensibilidad; y en ello me gozo, porque os glorifica que no esté en mi capacidad decir de vos cosa que os haga comprensible, siendo como sois inefable.

Aunque las grandezas de Dios estén inaccesibles á nuestra inteligencia, no nos será inútil, hermanos míos, que tratemos de formarnos una idea de ellas, lo ménos imperfecta posible. Separemos, desde luego, de la idea de ese sér soberano, toda idea de materia, de cuerpo, de figura y de color. Todo cuanto se compone de sentido y materia es esencialmente imperfecto, y por consiguiente, no puede entrar en la naturaleza del sér infinitamente perfecto. Los ojos no pueden ver sin el auxilio de la luz, y por la parte hácia donde dirigen las miradas, sin pasar mas allá del obstáculo que les limita; por lo tanto, son indignos de la grandeza del Dios que todo lo ve. Los oídos no perciben los sonidos sino á cierta distancia, y no al tiempo de cualquier ruido que turba su accion; así, pues, son indignos de la gran-

deza del Dios, que todo lo oye. El cuerpo no se mueve sino donde él está; por consecuencia, es indigno del Dios, que se encuentra, á la vez, en todas las partes de la creacion. No pudiendo nuestro gran Dios tener cuerpo formado de materia, tiene que ser espíritu puro, pura inteligencia, no embarazada por los límites de los sentidos, y eso es en efecto. Todo lo ve, sin el socorro de los ojos; todo lo hace, sin el socorro de los brazos; todo lo oye, sin el órgano del oído, y habla sin boca ni lengua: es espíritu como nuestra alma; mas con la diferencia, de que, mientras nuestra inteligencia es limitada por esencia, sin tener sobre las cosas mas que pensamientos estrechos, la inteligencia divina lo abraza todo con una sola mirada, todo lo sabe, todo lo conoce, así lo pasado, como lo presente y lo venidero. Su conocimiento es tan infinitamente perfecto, que sus pensamientos se elevan por encima de los nuestros, más que el cielo lo está de la tierra. ¡Oh grandeza de mi Dios! Vuestra mirada lo abraza todo, nos sigue en la soledad, y las tinieblas más profundas son para vos tan claras como la luz de medio día.

Solo ese Dios, espíritu puro, tiene la plenitud de su sér. Principio esencial de todo cuanto existe, nada es posible sino por él; y el hecho solo, de que yo conciba su perfeccion infinita, demuestra que la posee enteramente. Ninguna cosa existe sino por él: todos los séres toman de él su existencia, y él solo es por él mismo lo que es: *Ego sum qui sum.* No ha tenido principio, ni tendrá fin: no se puede decir de él que ha sido, como si no fuera ya; ni que será, como si fuera aún; pero eternamente se ha dicho y se deberá decir: ¡él es!

Nosotros, pobres mortales, aparecemos en la tierra á cierta época de los siglos, y á poco nos encontramos entre la cuna y el sepulcro. Pero vos, oh Dios mio, sois eterno, vuestros años no pasarán. Sentado en vuestro trono inamovible, veis á vuestros piés correr el torrente de los siglos, llevando en su rápido curso las debilidades humanas, demasiado olvidadas de lo que sois y de lo que son, para insultaros al pasar, en el momento mismo de caer en las manos terribles de vuestra justicia.

No solamente, hermanos míos, es nuestro gran Dios el mismo desde abeterno, sino que siempre lo ha sido y siempre lo será. Nosotros nos cambiamos, porque somos imperfectos; nuestro cuerpo se cambia, pasando de la fuerza á la endebles y de la salud á la enfermedad, porque él tiende á su reduccion en polvo. Nuestro espíritu cambia, porque aprende lo que no sabia, para olvidar lo que sabia ántes. Nuestra voluntad se cambia, ya por su propia inconstancia, ya por razones ántes desconocidas; pero vos, Dios mio, siempre sois el mis-



mo, porque sois perfecto infinitamente. Vuestra voluntad, como dice el Profeta, permanece eternamente, y los designios de vuestro corazón subsisten por todas las generaciones. ¡Qué consolador es para el justo el pensamiento, de que puede contar con la suntuosa recompensa que le habeis prometido; pero, qué terrible es para el pecador, el de no poder dudar de la verdad de vuestras amenazas, ni del rigor de vuestras venganzas! ¡Oh Dios! Siempre el mismo en vuestra infinita amabilidad, yo os amo: siempre el mismo en vuestra majestad, yo os adoro: siempre el mismo en vuestra justicia, yo os reverencio y tiemblo.

Continuemos, hermanos míos, en penetrar con religion y temblor en este santuario de las grandezas de Dios. Oid como os grita: *Ego Dominus*. Yo soy el Dueño y el supremo Señor. El dueño de la vida y de la muerte, el dueño de los felices ó desgraciados, el Señor del universo, que sostengo con mi mano, y que se reduciría á la nada en el instante en que dejara de conservarle, como se quiebra un frágil vaso cuando la mano que le lleva le deja caer en tierra: el Señor, que no tiene ni superior ni igual, que posee dentro de sí todos los bienes, que se basta á sí mismo, y que no tiene necesidad de nadie: el Señor que todo lo gobierna, y que todo lo preside, hasta la caída de uno de vuestros cabellos.

¡Oh Dios mio! ¡cuán grande sois y cuán pequeño soy yo! ¡Ah! y ¿cómo he podido olvidar tan fácilmente el soberano dominio que tenéis en mí, y revolverme contra vos? Este Señor, hermanos míos, es el Todopoderoso: juzgad cuánta es la locura del que le ofende! Quiere, y todo lo que quiere lo hace por solo el acto de su voluntad: nombra las cosas que no son conocidas, y obedecen á su voz: con una palabra saca de la nada todas las criaturas, y con una palabra podría crear otros mil mundos; él es quien dijo: Hágase el universo; y el universo fué hecho: que el diluvio inunde la tierra culpable; y las aguas subieron más arriba de las más altas montañas: que el mar dé paso á su pueblo; é Israel lo pasó con piés enjutos. Este es, canta el Profeta, quien dice, que estalle la tempestad; y la tempestad se presenta: que el mar se hinche y se agite; y las olas se alzan hasta las nubes y descenden hasta el fondo del abismo: que cese la tempestad; é inmediatamente la tempestad se cambia en un blando céfiro, la agitacion tumultuosa de las olas en un silencio profundo. *Statuit procellam ejus in auram, et siluerunt fluctus ejus* (PSALM. CVI, 29).

¡Oh hermanos míos! ¡cuán altas y admirables son las grandezas divinas! ¡Qué podemos hacer, pobres mortales, para honrarlas dignamente? Esto es lo que vamos á ver en la segunda parte.

2. El primer deber que nos imponen las grandezas divinas, es el temor de Dios: este temor, que es el principio de la sabiduría; este temor, que recomienda tanto el Evangelio: *Time Deum*, y que el Salmista canoniza en sus cánticos. Cuando se considera, hermanos míos, cuán pequeño es, en efecto, el hombre ánte las grandezas de Dios, endeble ánte el poder divino, dependiente de su dominio soberano, que se extiende, no solo á su vida y á su muerte, sino á su eternidad feliz ó desgraciada, en verdad que cuesta trabajo concebir, como nosotros, que tanto tememos desagradar á ciertos hombres, tengamos tan poco miedo de disgustar á nuestro gran Dios, de quebrantar sus mandamientos, y de incurrir en su desgracia, provocando su cólera. ¡Cómo nosotros, débiles insectos, que nos arrastramos aquí y á tan infinita distancia de su trono, y á quienes una sola de sus miradas podría reducir á polvo, nos quejamos tan fácilmente, y hasta murmuramos de un Dios tan grande y de una majestad tan alta! «¡Ah! exclama el profeta Jonás, yo temo á Dios Señor del cielo, que ha hecho la tierra y el mar:» *Dominum Deum caeli ego timeo, qui fecit mare et aridam* (Jon., I, 9). Y ¡ay de nosotros si no le tememos! Un corazón, una familia, una sociedad en que el temor de Dios se haya apagado, es un corazón abierto á todos los vicios, una familia tan desordenada como desgraciada, una sociedad entregada á todas las pasiones anárquicas y perversas sin tener barrera alguna que la proteja, sin ninguna muralla que la defienda.

El segundo deber que nos imponen las grandezas divinas, es el de respetar á Dios, no con ese respeto que es propiamente miedo, por el cual uno se abstiene de hacer lo que le ofende ó disgusta; sino con un respeto que sea un completo homenaje, así exterior como interior, y en virtud del que uno se humille delante de Dios, venere sus grandezas y adore su eterna majestad. Ved á Jesucristo nuestro modelo: él está tan penetrado de las grandezas divinas, que cae de rodillas y el rostro contra la tierra en el huerto de las Olivas, para rogar á su eterno Padre con el profundo respeto que le es debido. Se inmola en el Calvario ánte las grandezas divinas para reconocer y honrar su excelencia, y muere, como para decir á Dios, que ningun sér creado es digno de subsistir ánte el que es el árbitro supremo de la vida y de la muerte, sin necesitar de nadie, y bastándose á sí mismo en el lleno infinito de su sér. En el altar hace el mismo sacrificio, la misma protestacion, con la diferencia, de que multiplica en todos los lugares y en todos los tiempos su inmolacion, y la hace más humilde ocultando su sagrada humanidad hasta bajo una partícula, como para honrar más profundamente, por medio de abatimientos tan extraños y repe-